

Presentación

El número 123 de SINITE, primero de este año, quiere ser un número diferente y especial, como lo es la fecha en la que verá la luz: los comienzos del año 2000. Sabemos que los tiempos se suceden en un *continuum*, sin rupturas ni sobresaltos; pero sabemos también que los tiempos nuevos, las nuevas etapas cronológicas pueden convertirse en *señales* que nos indican o bien la necesidad de volver a los orígenes -el Gran Jubileo del Año 2000 es, en gran medida, una vuelta a los orígenes de la Redención cristiana- o bien el deseo de proyectarnos al futuro, un futuro que deseamos sea superador de los lastres, las rémoras o las injusticias del pasado.

Al echar la mirada hacia adelante proyectamos nuestros deseos y expresamos nuestras esperanzas; volvemos a vivir las utopías -como reflejo o proyección de la Gran Utopía del Reino- y mostramos la esperanza de que este tiempo nuevo, este *kairós*, esta llamada a la conciencia de todos no quede sin respuesta, fructifique en abundancia.

Pues bien, en este sentido, SINITE ha querido reunir en este número un haz de esperanzas, un muestrario de los más hondos deseos que anidan en el corazón de unos cuantos creyentes -de diversas sensibilidades, grupos y pertenencias- y que no sólo se apresuran a hacer públicos sino que, al mismo tiempo, desean que, con el compromiso de todos, se vayan haciendo realidad.

Solicitar unas respuestas a un breve cuestionario -breve en su formulación, pero amplio y libre en su respuesta- supone siempre un riesgo. En este caso, no están presentes todos y todas a quienes se solicitó una respuesta. Lamentamos que, desde el punto de vista de "lugares" y "servicios" dentro de la Iglesia, falten representantes de algunos puestos significativos. Lo mismo cabe decir de la representación geográfica y cultural de la muestra: algunas peticiones de Africa y de América Latina no han sido respondidas.

El tema que hemos querido sacar a la luz, como decimos, ha sido la *esperanza*; hemos querido asomarnos a los horizontes de los tiempos nuevos desde el umbral de la *esperanza*. Hoy, que desde tantos lugares se nos invita al pesimismo y a la desesperanza; hoy, cuando tantos motivos nos proporcionan las graves situaciones de nuestro mundo para no estar satisfechos de los dos milenios de cristianismo... hoy, precisamente hoy, queremos encontrar y subrayar nuestros *motivos para esperar*, o, mejor aún, *nuestras propias esperanzas*. Para ello, hemos formulado a nuestros colaboradores *tres cuestiones*, a las que deberían responder desde su experiencia como creyentes y desde su *lugar* dentro de la Iglesia: «1) *Desde tu condición de hombre o de mujer creyente, ¿cuáles son tus esperanzas para el próximo siglo?»*; 2) *Desde tu situación específica y desde tu compromiso en la Iglesia (teología, vida consagrada, universidad, catequesis, compromiso pastoral, familia, educación, compromiso o militancia social...)* ¿qué esperas en orden a una evangelización?, y 3) *¿Cuáles son tus sugerencias o propuestas para que esa esperanza vaya convirtiéndose en realidad?*

Desde "lugares" diferentes, desde opciones y compromisos diversos, hay en esta muestra de esperanza compartida unas ideas y unos sentimientos comunes: la necesidad de la presencia de la *Utopía* en nuestro mundo, de que esa utopía no se aleje cada vez más; que en este próximo tiempo nuevo el Reino de Dios vaya creciendo y manifestándose en los grandes ideales aún demasiado lejos: justicia, paz, verdad, solidaridad, respeto a los derechos humanos, diálogo, tolerancia...; en definitiva, la esperanza de que nuestra sociedad se transforme y desaparezcan las lacras que hacen de nuestro mundo un mundo escandalosamente roto. Por eso, la superación de las desigualdades sociales, la desaparición de las injusticias, la erradicación de la violencia, de la explotación de los débiles o del hambre en el mundo... son esperanzas que, en solidaridad con los pobres de este mundo, se convierten en *grito* de los hombres, creyentes y no creyentes. La gran esperanza: cambiar nuestro mundo y hacerlo más fraterno, más justo, más habitable.

Pero también, al dirigir la mirada al interior de la Iglesia, los creyentes cristianos esperan muchas cosas. Teólogos, catequetas, religiosos, jóvenes, miembros de grupos o de comunidades cristianas elevan un clamor intenso y sonoro para que la Iglesia se tome en serio las cuestiones y los problemas

que le afectan, eso que se convierte para la Iglesia en rémora que dificulta el encuentro con los tiempos nuevos o que es antisigno para los creyentes y los hombres de hoy. Se espera que la Iglesia se sacuda el inmovilismo de estos últimos tiempos y sea valiente y arriesgada en su apuesta por el Reino de Dios en el futuro próximo. Y que la llamada "Nueva Evangelización" sea haga desde el impulso renovador del concilio Vaticano II y desde los "signos de los tiempos" que, muchas veces, la Iglesia pareciera no querer ver.

También hay quienes, preocupados por la propia realidad personal, esperan una renovación interna de cuantos se consideran cristianos, continuadores de la obra de Jesús de Nazaret y testigos suyos ante el mundo de hoy: el cultivo de la oración, una mayor autenticidad, un mejor testimonio y un mayor compromiso.

Otros muchos podrían habernos manifestado sus *esperanzas* y su *esperanza*. Basten estas muestras que creemos son un claro reflejo de lo que muchos cristianos, especialmente de los puestos de vanguardia o de compromiso, sienten, desean y esperan para los tiempos nuevos.

Finalmente, hemos querido, antes de presentar los testimonios, ofrecer una reflexión sobre la esperanza, a partir de la Biblia. Carmelo Bueno lo hace a partir del sugestivo título de "*El efecto esperanza ...*"